

FORTALEZA

1. Nuestra fortaleza se apoya y nace en Dios.
2. Fortaleza de Dios y debilidad humana.
3. Fortaleza y valentía en la vida ordinaria.
4. Campos que abarca esta virtud.
5. La paciencia, principal campo de la virtud de la fortaleza.
6. Ejemplos y ejercicio de la fortaleza.
7. La fortaleza y las demás virtudes.
8. Esta virtud crece con las dificultades.
9. La comunión frecuente, fortaleza contra las debilidades y flaquezas.
10. La oración, necesaria para ser fuertes.
11. La ayuda de los Ángeles Custodios.
12. Fortaleza en la ayuda a los demás.
13. Dejarse ayudar para ser fuertes.
14. El martirio, supremo acto de esta virtud.
15. Santa María, fortaleza nuestra.

1. Nuestra fortaleza se apoya y nace en Dios

[...] no debemos extrañarnos ni desalentarnos ante las propias miserias personales, ante nuestros tropiezos, porque continuaremos hacia adelante, si buscamos la fortaleza en Aquel que nos ha prometido: venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare (Mt 11, 28). Gracias, Señor, quia tu es, Deus, fortitudo mea (Sal 42, 2), porque has sido siempre Tú, y sólo Tú, Dios mío, mi fortaleza, mi refugio, mi apoyo (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 131).

Habiendo Dios dotado a los demás animales de la velocidad en la carrera, o la rapidez en el vuelo, o de uñas, o de dientes, o de cuernos, sólo al hombre lo dispuso de tal forma que su fortaleza no podía ser otra que el mismo Dios: y esto lo hizo para que, obligado por la necesidad de su flaqueza, pida siempre a Dios cuanto pueda necesitar (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. 1, p. 427).

Siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí?, ¿por qué no he yo de tener fortaleza para combatir con todo el infierno? (SANTA TERESA, Vida, 25, 20).

Si Dios retira su auxilio, podrás pelear; lo que no podrás es vencer (SAN AGUSTÍN, Coment. sobre el Salmo 106).

Cuando estaba en la oración, veía que salía de allí muy mejorada y con más fortaleza (SANTA TERESA, Vida, 23, 2).

La fortaleza no debe fiar de sí misma (SAN AMBROSIO, Trat. sobre los oficios, I, 35).

La confianza parte de la fortaleza; lleva consigo la esperanza que pone el hombre en sí mismo y que naturalmente supone la ayuda de Dios (SANTO TOMÁS, Suma Teológica, 2-2, q. 128, a. 1, ad 2).

Ayer por la mañana yo fui a la Sixtina a votar tranquilamente. Jamás hubiera imaginado lo que estaba para suceder. Apenas había comenzado el peligro para mí, los dos colegas que me estaban vecinos me han susurrado palabras de aliento. Uno ha dicho: « ¡Ánimo!, si el Señor da un peso, da también la ayuda para llevarlo» (JUAN PABLO I, Ángelus, 27-VIII-1978).

Toda nuestra fortaleza es prestada (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 728).

La ascética del cristiano exige fortaleza; y esa fortaleza la encuentra en el Creador. Somos la oscuridad, y Él es clarísimo resplandor; somos la enfermedad, y Él es salud robusta; somos la escasez, y Él la infinita riqueza; somos la debilidad, y Él nos sustenta, quia tu es, Deus, fortitudo mea (Sal 42, 2) [...]. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, 80).

Pidamos este don del Espíritu Santo que se llama el «don de fortaleza». Cuando al hombre le faltan las fuerzas para «superarse» a sí mismo, con miras a valores superiores, como la verdad, la justicia, la vocación, la fidelidad matrimonial, es necesario que este «don de lo alto» haga de cada uno de nosotros un hombre fuerte y, en el momento justo, nos diga «en la intimidad»: ¡Ánimo! (JUAN PABLO II, Sobre la fortaleza, 15-XI-1978).

2. Fortaleza de Dios y debilidad humana

Lo que falta a causa de la debilidad humana, si agotamos nuestras posibilidades, lo completará Dios, que hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman (Rom. 8, 28) (ORIGENES, Trat. sobre la oración, 29, 19).

Él nos tiende su mano cuando nos ve vacilar, para sostenernos y establecernos en el bien (CASIANO Colaciones, 3, 12).

Cuando te sientas fuerte no te instales en la seguridad, sino clama a Dios con el profeta: Cuando mengüen mis fuerzas no me abandones (Sal 70, 9). En el momento de la prueba, repítete para tomar ánimos: Llévame en pos de ti: ¡Corramos! (Cant 1, 3). Así no te faltará la esperanza en la desgracia, ni la previsión en la felicidad. Entre éxitos y fracasos de los momentos inestables, conservarás, como imagen de la eternidad, una sólida ecuanimidad. Bendecirás al Señor en todas las ocasiones y así, en medio de un mundo vacilante, encontrarás la paz, una paz inquebrantable (SAN BERNARDO, Sermón 21 sobre el Cantar de los Cantares, 4-6).

La fuerza de Dios se muestra perfecta en la debilidad (SAN IRENEO, Trat. contra las herejías, 5, 2).

A veces, cuando todo nos sale al revés de como imaginábamos, nos viene espontáneamente a la boca: ¡Señor, que se me hunde todo, todo, todo...! Ha llegado la hora de rectificar: yo, contigo, avanzaré seguro, porque Tú eres la misma fortaleza: quia tu es, Deus, fortitudo mea (Sal 42, 2) (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 213).

3. Fortaleza y valentía en la vida ordinaria

La Biblia no alaba a la mujer débil, sino a la mujer fuerte, cuando dice en el libro de los Proverbios: La ley de la dulzura está en su lengua (31, 6). Porque la dulzura es el punto más alto de la fuerza. La mujer maternal tiene por privilegio esta función discreta y capital: saber atender, saber callarse, ser capaz, ante una injusticia o una debilidad, de cerrar los ojos, de excusar, de cubrir -obra de misericordia no menos bienhechora que cubrir la desnudez del cuerpo- [...] (GERTRUD VON LEFORT, La mujer eterna, p. 128).

El estar dispuesto a morir en el supremo trance del martirio, resistiendo pacientemente en el empeño por la realización del bien, no excluye el riesgo de la acometida ni el belicoso ataque. Por el contrario, esta disposición es la que presta a la actividad del cristiano en el mundo esa superioridad y esa libertad que tan definitivamente le están negadas a las convulsiones del activismo (J. PIEPER, Las virtudes fundamentales, p. 241).

De penas que se acaban no hagáis caso cuando interviniera algún servicio para Él, que tantas pasó por nosotras (SANTA TERESA, Camino de perfección, 3, 6).

La virtud de la fortaleza requiere siempre una cierta superación de la debilidad humana y, sobre todo, del miedo. El hombre, en efecto, por naturaleza teme el peligro, las molestias, los sufrimientos.

Por ello es necesario buscar hombres valientes no solamente en los campos de batalla, sino también en los pasillos de los hospitales o junto al lecho del dolor (JUAN PABLO II, Sobre la fortaleza, 15-XI-1978).

Deseo rendir homenaje a todos estos valientes desconocidos. A todos los que tienen el valor de decir «no» o «sí» cuando esto cuesta. A los hombres que dan un testimonio singular de dignidad humana y de profunda humanidad. Justamente porque son desconocidos merecen un homenaje y una gratitud particular (JUAN PABLO II, Sobre la fortaleza, 15-XI-1978).

4. Campos que abarca esta virtud

Según la doctrina de Santo Tomás, la virtud de la fortaleza se encuentra en el hombre:

-Que está dispuesto a «aggredi pericula», es decir, a enfrentarse con el peligro.

-Que está dispuesto a «sustinere mala», es decir, a soportar las adversidades por una causa justa, por la verdad, por la justicia, etc. (JUAN PABLO II, Sobre la fortaleza, 15-XI-78).

Aparta los obstáculos, los temores que podrían retraer la voluntad del seguimiento de lo que dicta la razón (SANTO TOMÁS, Suma Teológica, 2-2, q. 122, a. 3, c).

5. La paciencia, principal campo de la virtud de la fortaleza

Ver nº. 3967-3969.

6. Ejemplos y ejercicio de la fortaleza

Mas olvidaos de quejaros de flaquezas y malecillos de mujeres, que algunas veces pone el demonio la imaginación de esos dolores; quítanse y pónense. Si no se pierde la costumbre de decirlo y quejaros de todo -si no fuere a Dios-, nunca acabaréis. Porque este cuerpo tiene una falta: que mientras más le regalan, más males y necesidades descubre (SANTA TERESA, Camino de perfección, 11, 3).

Muchas son las olas que nos ponen en peligro, y una gran tempestad nos amenaza: sin embargo, no tememos ser sumergidos porque permanecemos de pie sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá esta roca; aunque se levanten las olas, nada podrán contra la barca de Jesús. Decidme, ¿qué podemos temer? ¿La muerte? Para mi la vida es Cristo, y la muerte una ganancia. ¿El destierro? Del Señor es la tierra y cuanto la llena. ¿La confiscación de

los bienes? Nada trajimos al mundo, de modo que nada podemos llevarnos de él. Yo me río de todo lo que es temible en este mundo y de sus bienes. No temo la muerte ni envidio las riquezas. No tengo deseos de vivir, si no es para vuestro bien espiritual. Por eso, os hablo de lo que sucede ahora exhortando vuestra caridad a la confianza (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. antes del exilio, 1-3).

Es preciso persuadirse de que (a veces) es más fuerte quien sabe someter su voluntad a la de su hermano que el que defiende a ultranza su propio parecer (CASIANO Colaciones, 16, 23).

Cosa imperfecta me parece, hermanas mías, quejarnos siempre de livianos males. Si podéis sufrirlo, no lo hagáis. Cuando el mal es grave, él mismo se queja, es otro quejido, y luego se parece. Mirad que sois pocas, y si una tiene esta costumbre es para traer fatigadas a todas (SANTA TERESA, Camino de perfección, 11, 1).

Es fuerte el que persevera en el cumplimiento de lo que entiende que debe hacer, según su conciencia; el que no mide el valor de una tarea exclusivamente por los beneficios que recibe, sino por el servicio que presta a los demás. El fuerte, a veces, sufre, pero resiste; llora quizá, pero se bebe sus lágrimas. Cuando la contradicción arrecia, no se dobla. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 77).

Otro ejemplo: Un hombre al que se le promete la libertad e incluso una carrera fácil a condición de que reniegue de los propios principios, o bien apruebe algo que está en contra de su honestidad respecto a los demás. Y también él responde «no», incluso frente a amenazas por una parte y lisonjas por otra. ¡He aquí un hombre valiente! (JUAN PABLO II, Sobre la fortaleza, 15-XI-1978).

En todo esto que he dicho no trato de males recios, como cuando hay calentura recia -aunque pido que haya siempre moderación y sufrimiento-, sino trato de unos malecillos que se pueden pasar en pie (SANTA TERESA, Camino de perfección, 11, 4).

Y creed, hijas, que en comenzando a vencer estos corpezuelos no nos cansan tanto (SANTA TERESA, Camino de perfección, 11, 4).

Permitidme que llame vuestra atención en torno a ejemplos poco conocidos, pero que en sí mismos dan testimonio de una gran virtud. Pienso, por ejemplo, en una señora, madre de una familia numerosa, a la que es «aconsejado» por muchos que suprima una nueva vida concebida en su seno, sometiéndose a la «intervención» de interrupción de la maternidad; y ella responde con firmeza: «No». Desde luego, siente toda la dificultad que este «no» lleva consigo

-dificultad para ella, para su marido, para toda la familia-, y sin embargo responde: «no». La nueva vida humana en ella concebida es un valor demasiado grande, demasiado «sagrado», para que pueda ceder a semejantes presiones (JUAN PABLO II, Sobre la fortaleza, 15-XI-1978).

Tan pronto como la caña es impulsada por el viento, se inclina a una u otra parte [...]. Pero San Juan no era caña agitada por el viento, porque a él ni le hacía suave la adulación, ni áspero la difamación; ni las prosperidades le levantaban, ni le humillaban las adversidades. San Juan no era caña agitada por el viento, porque no se separaba de la rectitud por ninguna variación de las cosas (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 4 sobre los Evang.).

No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía vez de no cesarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas; porque, gloria a Dios, de ordinario es tener yo poca salud, sino que veía claro que Nuestro Señor me daba esfuerzo; porque me acaecía algunas veces que se trataba de fundación, hallarme con tantos males y dolores, que yo me acongojaba mucho, porque me parecía que aún para estar en la celda sin acostarme no estaba, y tornarme a Nuestro Señor, quejándome a Su Majestad, y diciéndole que cómo quería hiciese lo que no podía, y después, aunque con trabajo, Su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponía y el cuidado, parece que me olvidaba de mí (SANTA TERESA, Fundaciones, 18, 4).

7. La fortaleza y las demás virtudes

El hombre no pone su vida en peligro de muerte más que cuando se trata de la salvación de la justicia. De ahí que la dignidad de la fortaleza sea una dignidad que depende de la anterior virtud (SANTO TOMÁS Suma Teológica, 2-2, q. 123, a. 12, ad 3).

La fe, si es firme, defiende toda la casa (SAN AMBROSIO, Coment. sobre el Salmo 18, 12).

La fortaleza sin justicia es palanca del mal (SAN AMBROSIO, Trat. sobre los oficios, 1, 3 5).

La virtud de la fortaleza marcha al unísono con la capacidad de sacrificarse. Esta virtud había tomado ya en los antiguos un perfil bien definido. Con Cristo ha adquirido un perfil evangélico, cristiano. El Evangelio está orientado hacia los hombres débiles, pobres, mansos y humildes, operadores de la paz, misericordiosos; y, al mismo tiempo, contiene en sí una constante invitación a la fortaleza.

Repite, frecuentemente: No tengáis miedo (Mt 14, 27). Enseña al hombre que, por una causa justa, por la verdad, por la justicia, es necesario saber dar la vida (Jn 15, 13) (JUAN PABLO II, Sobre la fortaleza, 15-XI-1978).

La fortaleza sin prudencia no es fortaleza (J. PIEPER, Las virtudes fundamentales, p. 191).

Por el bien se expone el fuerte al peligro de morir (SANTO TOMAS, Suma Teológica, 2-2, q. 125, a. 2, ad 2).

La pureza limpiísima de toda la vida de Juan le hace fuerte ante la Cruz. -Los demás apóstoles huyen del Gólgota: él, con la Madre de Cristo, se queda. -No olvides que la pureza enreca, viriliza el carácter (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 144).

8. Esta virtud crece con las dificultades

Ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren ni de los peligros que os pintaren (SANTA TERESA, Camino de perfección, 21, 6).

De aquellos, en cambio, que viven siempre a merced de los avatares humanos y cambian según el sesgo que toman los acontecimientos, se dice: El necio muda como la luna (Eccl 27, 12). Y si de los perfectos está escrito: Todas las cosas concurren al bien de los que aman a Dios, de los débiles e insensatos se afirma: Al necio todas las cosas son contrarias (Prov 14, 7). Porque ni avanza en la ventura, ni se enmienda cuando se cierne sobre él la desgracia (CASIANO, Colaciones, 6, 9).

Pues me parece que el atleta valiente, una vez desnudo para luchar en el estadio de la piedad, debe sufrir con valor los golpes que le den los contrarios, con la esperanza de la gloria del premio. Pues que todos aquellos que en los juegos gimnásticos se han acostumbrado a las fatigas de la lucha, jamás desmayan por el dolor de los golpes; antes bien, despreciando los males presentes por el deseo del triunfo, atacan de cerca a sus adversarios. De la misma manera, aunque al varón virtuoso le acontezca alguna cosa desagradable, no por eso perderá su gozo. Porque la tribulación produce la paciencia, y la paciencia produce la reciedumbre; la reciedumbre, la esperanza; y la esperanza no confunde (Rom. 5, 3) (SAN BASILIO, Hom. sobre la alegría).

Si la sal se torna insípida, para nada sirve ya, sino para ser arrojada fuera y pisada por los hombres. No es pisado por los hombres quien sufre persecuciones, sino aquél que se acobarda

temiendo la persecución; no puede ser pisado sino el que está debajo, y no puede decirse que está debajo aquel que, aun cuando sufra muchas cosas en su cuerpo mientras dura esta vida, su corazón lo tiene fijo en el cielo (SAN AGUSTÍN, Sobre el Sermón de la Montaña, 16).

Los árboles que crecen en lugares sombreados y libres de vientos, mientras que externamente se desarrollan con aspecto próspero, se hacen blandos y fangosos, y fácilmente les hiere cualquier cosa; sin embargo, los árboles que viven en las cumbres de los montes más altos, agitados por muchos vientos y constantemente expuestos a la intemperie y a todas las inclemencias, golpeados por fortísimas tempestades y cubiertos de frecuentes nieves, se hacen más robustos que el hierro (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre la gloria en la tribulación).

9. La comunión frecuente, fortaleza contra las debilidades y flaquezas

Mas Jesucristo y la Iglesia desean que todos los fieles cristianos se acerquen diariamente al sagrado convite, principalmente para que, unidos con Dios por medio del Sacramento, en él tomen fuerza para refrenar las pasiones, purificarse de las culpas leves cotidianas e impedir los pecados graves a que está expuesta la debilidad humana. Por ello el Sagrado Concilio de Trento llama a la *Eucaristía antídoto, con el que somos liberados de las culpas cotidianas y somos preservados de los pecados mortales* (S. Pio X, Sacra tridentina Synodus, 20-XII-1905).

Para animar a los católicos a profesar valientemente su fe y a practicar las virtudes cristianas, ningún medio es más eficaz que el que consiste en alimentar y aumentar la piedad del pueblo hacia aquella admirable prenda de amor, lazo de paz y de unidad, que es el sacramento de la eucaristía (LEÓN XIII, Breve Apost. Providentissimus, 18-XI-1897).

10. La oración, necesaria para ser fuertes

Por no estar arrojada a esta fuerte columna de la oración, pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas (SANTA TERESA, Vida, 8, 1).

El alma, cuanto más avanza en la perfección, tanto más fuerte y valerosa se vuelve en orden a soportar las penalidades que le puedan sobrevenir (SAN DOROTEO, Instrucción 7, 2-3).

En tiempos pasados, la oración liberaba del fuego, de las bestias, de la falta de alimento, y sin embargo no había recibido aún de Cristo su forma propia. ¡Cuánta más eficacia no tendrá, pues, la oración cristiana! Ciertamente, no hace venir el rocío angélico en medio del fuego, ni cierra la boca de los leones, ni transporta a los hambrientos la comida de los segadores (como en aquellos casos del Antiguo Testamento); no impide milagrosamente el sufrimiento, sino que, sin evitarles el dolor a los que sufren, los fortalece con la resignación, con su fuerza les aumenta la gracia para que vean, con los ojos de la fe, el premio reservado a los que sufren por el nombre de Dios (TERTULIANO, Trat. sobre la oración, 28-29).

11. La ayuda de los Ángeles Custodios

Aunque somos menores de edad y aunque nos queda por recorrer un camino tan largo y tan peligroso, nada debemos temer bajo la custodia de unos guardianes tan eximios. Ellos, los que nos guardan en nuestros caminos, no pueden ser vencidos ni engañados, y menos aún pueden engañarnos. Son fieles, son prudentes, son poderosos: ¿por qué espantarnos? Basta con que los sigamos, con que estemos unidos a ellos, y viviremos así a la sombra del Omnipotente (SAN BERNARDO, Sermón sobre el Salmo 12, «Qui habitat», 3, 6-8).

12. Fortaleza en la ayuda a los demás

Son almas fuertes las que escoge el Señor para aprovechar a otras, aunque esta fortaleza no les viene de sí (SANTA TERESA, Vida, 21, 13).

Lo que hay que temer no es el mal que digan contra vosotros, sino la simulación de vuestra parte; entonces sí que perderíais vuestro sabor y seríais pisoteados. Pero si no cejáis en presentar el mensaje con toda su austeridad, si después oís hablar mal de vosotros, alegraos. Porque lo propio de la sal es morder y escocer a los que llevan una vida de molicie.

Por tanto, estas maledicencias son inevitables y en nada os perjudicarán, antes serán prueba de vuestra firmeza. Mas si, por temor a ellas, cedéis en la vehemencia conveniente, peor será vuestro sufrimiento, ya que entonces todos hablarán mal de vosotros y todos os despreciarán; en esto consiste el ser pisoteado por la gente (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 15).

Si la regla de conducta del maestro debe ser siempre perseguir al vicio para corregirlo, es muy conveniente que conozcamos que debemos ser firmes contra los vicios, pero compasivos con el hombre (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 33 sobre los Evang.).

Si no tenemos suficientes fuerzas para contener al que resbala, resbalamos también nosotros con él (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 28 sobre los Evang.).

13. Dejarse ayudar para ser fuertes

Mientras somos ovejas vencemos y superamos a los lobos, aunque nos rodeen en gran número; pero si nos convertimos en lobos entonces somos vencidos, porque nos vemos privados de la protección del pastor. Este, en efecto, no pastorea lobos, sino ovejas, y por esto te abandona y se aparta entonces de tí, porque no le dejas mostrar su poder (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 33).

Hubiera podido hacer que no tuvierais que sufrir mal alguno ni enfrentaros como ovejas ante lobos, podía haberos hecho más temibles que leones; pero eso no era lo conveniente, porque así vosotros hubierais perdido prestigio y Yo la ocasión de manifestar mi poder. Es lo mismo que decía a Pablo: *Te basta mi gracia, que en la debilidad se muestra perfecto mi poder*. Así es como Yo he determinado que fuera. Al decir: Os envió como ovejas, dice implícitamente: «No desmayéis: yo sé muy bien que de este modo sois invencibles» (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom sobre S. Mateo, 33)

14. El martirio, supremo acto de esta virtud

¡Qué espectáculo a los ojos del Señor, cuán sublime, cuán grande, cuán aceptable a la presencia de Dios, que veía la entrega y la fidelidad de su soldado al juramento prestado, tal como está escrito en los salmos, en los que nos amonesta el Espíritu Santo, diciendo: Es valiosa a los ojos del Señor la muerte de sus fieles! Es valiosa una muerte semejante, que compra la inmortalidad al precio de su sangre, que recibe la corona de mano de Dios, después de haber dado la máxima prueba de fortaleza (SAN CIPRIANO, Carta 10).

Dichosa Iglesia nuestra, a la que Dios se digna honrar con semejante esplendor, ilustre en nuestro tiempo por la sangre gloriosa de los mártires. Antes era blanca por las obras de los hermanos; ahora se ha vuelto roja por la sangre de los mártires. Entre sus flores no faltan ni los lirios ni las rosas (SAN CIPRIANO, Carta 10).

El martirio es, entre los actos humanos, el más perfecto en su género, como signo de mayor caridad, puesto que según S. Juan: *Nadie tiene mayor amor que éste de dar la vida por sus amigos* (SANTO TOMÁS, Suma Teológica, 2-2, q. 124, a. 3).

Jesús oraba con mayor intensidad, y sudó como gruesas gotas de sangre. Esta efusión de sangre de todo su cuerpo no significaba otra cosa que la pasión de los mártires de toda la Iglesia (SAN AGUSTIN, Coment. sobre el Salmo 140).

Los mártires nacen al morir, su fin significa el principio, al matarlos se les dio la vida, y ahora brillan en el cielo, cuando se pensaba haberlos suprimido en la tierra (SAN PEDRO CRISÓLOGO, Sermón 108).

No os doy yo mandatos como Pedro y Pablo. Ellos eran apóstoles, yo no soy más que un condenado a muerte (...). Pero, si logro sufrir el martirio, entonces seré liberto de Jesucristo y resucitaré libre con él. Ahora, en medio de mis cadenas, es cuando aprendo a no desear nada (SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, Carta a los Romanos, 3).

Los mártires, en efecto, sufrieron por dar testimonio [...], sufrieron como testigos de Dios (SAN AGUSTIN. Trat. sobre la Epístola de S. Juan, 2).

El mejor favor que podéis hacerme es dejar que sea inmolado para Dios, mientras el altar está aún preparado: así, unidos por la caridad en un solo coro, podréis cantar al Padre por Cristo Jesús, porque Dios se ha dignado hacer venir al obispo de Siria desde el oriente hasta occidente. ¡Qué hermoso es que el sol de mi vida se ponga para el mundo y vuelva a salir para Dios! (SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, Carta a los Romanos, 1).

En alguna ocasión me he preguntado qué martirio es mayor: el del que recibe la muerte por la fe, de manos de los enemigos de Dios; o el del que gasta sus años trabajando sin otra mira que servir a la Iglesia y a las almas, y envejece sonriendo, y pasa inadvertido... Para mí, el martirio sin espectáculo es más heroico... Ese es el camino tuyo (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Via Crucis, p. 66).

Todos los tiempos son de martirio. No se diga que los cristianos no sufren persecución; no puede fallar la sentencia del Apóstol: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución (2 Tim 3, 12). Todos, dice, a nadie excluye, a nadie exceptuó. Si quieres probar ser cierto ese dicho empieza tú a vivir

piadosamente, y verás cuánta razón tuvo para decirlo (SAN AGUSTIN, Sermón 6).

15. Santa María, fortaleza nuestra

Admira la reciedumbre de Santa María: al pie de la Cruz, con el mayor dolor humano -no hay dolor como su dolor-, llena de fortaleza. -Y pídele de esa reciedumbre, para que sepas también estar junto a la Cruz (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 508).